

Al avión que me traía a los EE. UU. subió, en Panamá, una turista norteamericana. En rápida excursión, había visitado la mayoría de los países de la América morena. Tuve curiosidad por saber con qué conocimiento regresaba de esa jira y le pregunté qué se recordaba de Chile. La respuesta me dejó atónito.

—Sus fósforos —me respondió— ¿Qué malos son los fósforos chilenos!

—¿Y la gente? —le pregunté— ¿Que impresión trae de los chilenos? ¿Notó alguna diferencia en relación al resto de los latinoamericanos?

Pensó un momento y me dijo:

—Me parece que sus rostros son más alegres. Siempre sonríen. Conoci a pocos chilenos. Me acuerdo de uno llamado Pancho, en Sudamérica todos parecen llamarse Pancho. Era un compositor. Había escrito una comedia musical y esperaba que se la estrenaran pronto”.

Obviamente, se estaba refiriendo a Pancho Flores del Campo.

No puede extraerle otras impresiones de Chile que aquellas. Mientras mi compañera de viaje hacía un detallado recuento de los “souvenir” sudamericanos que traía y debía declarar en aduana, me quedé pensando en ese lastimoso desconocimiento que de nosotros se tiene y el que no se subsana con rápidas excursiones turísticas.

Los chilenos solemos quejarnos de ese desconocimiento, pero caemos, también, dentro de la admonición bíblica: “No miréis la paja en el ojo ajeno, sin ver la viga en el propio”.

Tan falso es el conocimiento que de Latinoamérica tienen los turistas norteamericanos como el de Norteamérica se lleva el viajero chileno.

En diversas oportunidades, en Chile, he oído criticar a quienes, en rápido viaje, han visitado Nueva York u otro centro de atracción turística de los Estados Unidos, la psicología norteamericana y su modo de vida.

Confieso haber caído en el mismo pecado.

Traía en mi viaje a los Estados Unidos, una visión de este país que me la habían proporcionado mis amigos norteamericanos en Chile. A través de ellos, conociéndolos y queriéndolos, había aprendido a conocer y a querer a Estados Unidos.

Mi primer mes fue de de-

cepción. Encontraba personas que eran serviciales, pero no cordiales, absortas en sus tareas e incapaces, aparentemente, de salir del campo de su especialidad. Las diferencias superfluas entra nuestro modo de ser y el de ellos, a veces, me parecían intolerables. Si me hubiera vuelto a Chile, en-

tonces, habría hecho coro con tanto turista chileno que sólo concibe los Estados Unidos como una gran tienda donde todo se compra.

Afortunadamente, mi estadía en este país es por más de un mes. Lentamente, a medida que se convive con su gente, que se adentra en esa aparente frialdad, se descubre al norteamericano cordial, conciente de la responsabilidad que su nación tiene en el mundo de hoy, enfrentando problemas que —a Dios gracias— son desconocidos para nosotros y dando una demostración de vitalidad y calidad humana que no merece adjetivarse.

No, mis amigos norteamericanos de Chile no me habían defraudado. Ellos me habían mostrado anticipadamente características propias de su nacionalidad que no se desmienten en contacto con el multitudinario rostro de los Estados Unidos.

Por eso, para aquellos chilenos que pasaron por Estados Unidos tan rápidamente como la turista norteamericana que solo se acordaba de que en Chile los fósforos no eran capaces de prender los cigarrillos, yo aventuro un consejo: Si realmente quieren conocer algo de lo que es el norteamericano en su calidad personal, dñense una vuelta por el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura y conversen con James Graham, su director, del que tengo como última imagen el haberlo visto bailar cueca con chamanto de huaso y bebiendo chicha en cacho; deténganse a cambiar impresiones con Sarah Davies y, si aún no la han conocido, lo que sería de extrañar, porque su actividad es asombrosa, conozcan a Elinor Halle, Agregada Cultural Adjunta de la Embajada de los Estados Unidos. Ellos —y otros amigos norteamericanos en Chile— podrán darle una imagen del verdadero rostro de la dimensión humana de los Estados Unidos que no se percibe ni en uno ni dos meses de estadía en Norteamérica y que yo, en mi tercer mes, principio jubilosamente a reconocer.

Por SERGIO VODANOVIC

“La paja en el ojo ajeno”